



INCERTIDUMBRE, CRISIS Y GLOBALIZACIÓN: LA REVOLUCIÓN INMINENTE

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

mavferre@ucm.es

Resumen:

Cuando Marx trazara su diagnóstico del devenir del capitalismo en la segunda mitad del s.XIX pronosticó que un “sujeto colectivo”, el proletariado (la mano de obra de producción industrial), si cobrara conciencia de su situación objetiva como fuerza de trabajo enfrentada estructuralmente al capital, emprendería un proyecto revolucionario que culminaría con el modo de producción capitalista.

Más de un siglo después el pronóstico no sólo fue fallido, sino que hemos sido conducidos a un capitalismo anti-capitalista en sus fundamentos que, no obstante, no ha dejado de desarrollar su capacidad explotadora. La ciencia económica no ha dejado de vanagloriarse, a lo largo de todo este tiempo, de ser capaz de predecir, objetiva y científicamente, el discurrir de la evolución de lo económico; pese a lo cual, no predijo el mundo actual que habitamos. Sométidos a la voluntad del riesgo especulativo, ya no sabemos si la decisión de un tecnócrata vietnamita puede afectar a la evolución bursátil de una empresa de cosméticos o si la dimisión de un primer ministro puede elevar o no la prima de riesgo de otros Estados-nación. El capitalismo ha llevado hasta el extremo nuestra capacidad de impredecibilidad; la incertidumbre es la constante creciente de nuestra existencia.

Frente a ello, crecen, proliferan, fermentan sin cesar, movimientos ciudadanos que, sin tener conocimiento exacto de lo que ocurre, se dan cuenta, no obstante, de que algo anda mal.

Todo anuncia, en definitiva, que el erróneo pronóstico de Marx va a cobrar vigencia práctica de un modo que todavía no sabemos cómo será; pero se pueden anticipar algunas directrices sobre su cariz y naturaleza.

Palabras clave: capitalismo, revolución, sujeto colectivo, crisis, incertidumbre.

Abstract:

When Marx made his diagnosis of the Capitalism evolution, in the middle of XIX Century, he predicted that a “collective subject”, the proletariat (the labor of industrial production), if will become aware of its objective situation as labour force structurally in conflict with the capital, undertake a revolutionary process that will eliminate de capitalis mode of production.

After more than a century, the forecast failed and we have been led to an anti-capitalist capitalism in its basis that, however, has continued to develop its exploitative capacity. Economic science has boasted, throughout all this time, of its ability to predict, objective and scientific, the evolution of economic events, yet it didn't predict the current world we inhabit, driven by the will of the speculative risk: we don't know if the decision of a Vietnamese technocrat can affect the stock market performance of a cosmetic company or if the resignation of a prime minister can raise or not the risk pre-

mium of other Nation-estates. Capitalism has taken to the extreme our unpredictability capacity; uncertainty is the constant growing in our existence.

Against this, grow, proliferate, ferment, endless, citizen movements that, not knowing exactly what is happening, realize, however, that something is wrong.

All announces, ultimately, that the Marx erroneous prediction will acquire practical effect in a way that we still don't know how it will be; but it is possible to anticipate some guidelines of its appearance and nature.

Key words: Capitalism, Revolution, Collective Subject, Crisis, Uncertainty

Neoliberalismo y Globalización: fabricando el Cuarto Mundo¹

Trataremos, aquí, de exponer el sentido y la relación de tres conceptos, *Neoliberalismo*, *Globalización* y *Cuarto Mundo*, desde una perspectiva sociológica. Recalquemos, de antemano, la importancia, y la particularidad, de la “perspectiva”: tales conceptos pueden ser objeto de tratamiento y análisis desde diversas ópticas; al ser la nuestra sociológica, adquieren un determinado sentido, que probablemente no coincida con el que se derivaría de su tratamiento desde una perspectiva distinta.

En particular, queremos dejar bien claro que nuestra posición se distancia de aquellas que avalan a fecha actual las medidas que se están tomando ante la situación económica que vivimos. Nos declaramos abiertamente disconformes con dichas medidas y con este análisis pretendemos evidenciar la arbitrariedad de las mismas, condicionadas por un determinado marco de referencia ideológico que pretende hacernos creer que las mismas son irremediables, lo cual es falso. Y no sólo no son irremediables, sino que son erróneas, de modo que con ellas se está agravando la situación y deteriorando progresivamente nuestra ciudadanía.

¿Cómo explicar, sociológicamente, que hayamos llegado a dónde lo hemos hecho? Trataremos de hacerlo a partir de los dos primeros conceptos propuestos, Neoliberalismo y Globalización. Su conjunción, como factores de una dinámica político-económica que comienza su andadura, aproximadamente, en los años 70, conducirá a un escenario, dramático, que viene retratado por el tercero de los conceptos, Cuarto Mundo.

Por Neoliberalismo entendemos una determinada manera de definir qué es la economía y cómo funciona, así como el papel que ha de cumplir el poder político en relación con dicho funcionamiento. Estamos hablando, por lo tanto, de una *Ideología*, esto es, de un conjunto sistemático de ideas coherentemente organizadas que pretende dar sentido al mundo, en este caso, al mundo económico y al mundo político. Fruto de esa ideología, se derivan una serie de medidas prácticas que tienen por objetivo hacer que ese mundo económico-político sea como debe ser.

Es muy importante hacer énfasis en el prefijo “neo”, que indica que se trata de una nueva versión, modificada, del liberalismo clásico, que entendemos, igualmente y en los mismo términos, como una ideología. Para en-

¹ Este primer apartado es producto de las actividades docentes realizadas con mis alumnos/as de 5º curso de licenciatura en Sociología, de la asignatura “Sociología de la Empresa y de los Recursos Humanos”, con motivo de la movilización reivindicativa “La Uni en la Calle” que se llevó a cabo en Madrid el 9 de marzo de 2013. Considero que algo que, si bien es, en gran medida, fruto de elaboración propia, surge de una reflexión colectiva, merece ser trasladado a un público más amplio. Agradezco a mis alumnos/as todas sus aportaciones; no obstante, yo soy el único responsable de cuanto aquí se expresa.

tender esa componente “neo”, por lo tanto, hay que considerar brevemente dicho liberalismo clásico, cuyo fundador fue Adam Smith.

Para el liberalismo clásico, la economía se fundamenta en la libertad de mercado. Ese mercado es un mercado de intercambio, de compra-venta, y a él deben acceder sin traba de ningún tipo, tanto compradores como vendedores. Se entiende, además, que dicha concurrencia está motivada por un interés egoísta, calculador, que trata de optimizar en el mercado sus recursos: todo el mundo busca obtener el máximo beneficio posible (quien compra, pagando menos; quien vende, cobrando más).

Se ha de dejar que el mercado funcione de manera autónoma porque esa libre concurrencia, propiciada por intereses egoístas particulares, genera, como efecto, un incremento de la riqueza colectiva (de la competencia egoísta entre intereses particulares surge un beneficio colectivo); a esto, Adam Smith lo llamaba “la mano invisible”. De lo que no hablaba el liberalismo clásico es de la desigual distribución de tal riqueza colectiva: la mayor parte de ella se la quedaban unos pocos, mientras que la mayoría se tenían que repartir lo que quedaba.

De este modo, el liberalismo clásico entiende que el poder político no debe intervenir en cuestiones económicas: cualquier medida política que perturbe el funcionamiento autónomo del mercado (políticas de control de precios, o de protecciones laborales, por ejemplo), que altere la ley de la oferta y la demanda, hará que ese incremento del (desigualmente repartido) beneficio colectivo pueda no producirse.

Bien. Frente a este planteamiento, el neoliberalismo va a realizar algunas “operaciones de reajuste”. Tomamos como referencia la obra *Nacimiento de la biopolítica*, de Michael Foucault, para dar una sucinta cuenta de las mismas.

En primer lugar, el mercado ya no se entenderá como un mercado de intercambio, sino como uno de *competencia*. El matiz puede parecer sutil, pero sus consecuencias son de enorme magnitud. En un mercado de intercambio, quienes acuden a él lo hacen en condición de “iguales”: los precios determinan esa equitatividad de partida, pues el vendedor obtiene lo que el comprador paga; si lo vendido es muy caro para la demanda existente, los precios tendrán que bajar porque nadie comprará; si lo vendido es muy barato, habrá menos oferta que demanda, de modo que (suponiendo que la capacidad del vendedor para ampliar el número de cosas o servicios que vende es limitada) los precios subirán porque quien vende está perdiendo dinero.

En un mercado de competencia, el que más tiene de partida, más oportunidades tiene de beneficiarse: no todo el mundo dispone de los mismos recursos para competir. Quien tiene más recursos, tiene más capacidad de maniobra (y de resistencia). De tal modo que, en un mercado de competencia, el vendedor manda y los compradores acatan. Si nos dejamos de eufemismos, el vendedor es, en términos académicos clásicos, un capitalista, y en términos que circulan más en “la calle”, un empresario; y el comprador somos todos/as.

De esta manera, un mercado que se entiende regulado, no por el intercambio, la compra-venta, sino por la competencia, la desigualdad de recursos de quienes concurren a él, es un mercado de empresarios.

Siendo ello así, para un buen funcionamiento de ese mercado, es necesario que el empresario, el que, por sus recursos, puede hacer que funcione, esté dispuesto a actuar como tal (que no se quede en su casa y se guarde su dinero, sino que lo invierta en su empresa). De modo que habrá que hacer todo lo posible para “motivarlo”.

Lo que nos lleva a la segunda diferencia entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo: ahora, el poder político, en lugar de inhibirse en cuestiones económicas, tiene que actuar, permanentemente, para garantizar esa “motivación” del empresario, para garantizar que actúe la competencia que moviliza el mercado. El neoliberalismo

lismo demanda una permanente intervención política sobre la economía subordinada a los intereses empresariales. Pues si la economía no funciona, el Estado se hunde.

Y de ahí se deriva la tercera cuestión relevante a considerar. Puesto que es necesaria una permanente intervención política que garantice el buen funcionamiento de la competencia, hace falta convencer a la gente de que merece la pena participar en el asunto y asumir los posibles costes de dicha participación. Si quien se beneficia es el empresario, hay que “empresarializar” a la gente, para que se sienta partícipe de algún modo del beneficio que se va a generar. Y aquí, el soporte ideológico lo aporta la Teoría del Capital Humano (TCH), una escuela de pensamiento económico surgida en Estados Unidos.

La TCH plantea que es errónea la distinción entre capitalista y trabajador, entre empresario y empleado. El capitalista posee capital monetario, pero el trabajador, que no posee ese capital monetario, posee otro tipo de capital que puede invertir en ese mercado de la competencia: su propia persona.

Aquí, aclaremos algo que, por evidente y casi trivial, quizá tendamos a dejar de tomar en consideración. La economía actual se llama “capitalista”, y es, en términos históricos, bastante reciente. Economía, en el sentido de producción, distribución y consumo de los recursos necesarios para el mantenimiento de la convivencia colectiva (entendiendo que los mismos son escasos y que hay que lograr el mejor modo de hacerlo) ha existido desde siempre; y el afán de lucro económico de la gente, también. Pero que la modalidad bajo la cual se lleva a cabo esa producción, esa distribución, ese consumo, y la satisfacción de ese afán sea “capitalista” no se ha dado, en la Historia de la Humanidad, hasta el s.XVIII: 200 años y pico de economía capitalista frente a milenios de economías no capitalistas. Y se llama así, capitalismo, porque lo que la mueve es el capital; ¿y qué es el capital?, pues dinero que se invierte con la intención de obtener un beneficio de dicha inversión. Es decir, el capital es dinero que se usa de determinada manera y con ciertas intenciones. Cuando vamos al bar a tomar una caña, el dinero que gastamos no es “capital”; cuando vamos a la oficina de apuestas del Estado a hacer una primitiva, el dinero que gastamos sí es “capital”.

Aclarado esto, retomemos la TCH. Un trabajador, lejos de ser una persona que acaba realizando la actividad laboral que sea porque gracias a ella obtiene los recursos económicos que necesita para vivir, es un empresario: es poseedor de unas aptitudes, de unas habilidades, de unos conocimientos, de una experiencia, que constituyen un capital que invierte en el mercado laboral; y que invierte porque busca obtener, no un salario, sino un beneficio (empresarial). La gente, la mayoría de la gente, no trabaja porque lo necesite; según la TCH, lo hace porque estratégicamente está optimizando la rentabilidad de ese capital humano.

A quien esto le resulte absurdo, que haga un ejercicio de reflexión personal: ¿cuántas cosas puede que hayamos hecho, sin darnos cuenta, porque, en el fondo, nos sentimos empresarios/as?

Y claro, si vivimos en una sociedad del beneficio empresarial (para todos/as) y no de la supervivencia económica (para la gran mayoría, la que no forma parte, objetivamente, de la clase empresarial) pues nos parecerá “natural” que las cosas sean como son...

El neoliberalismo implica, como ideología, una empresarialización generalizada del tejido social. Su puesta en práctica ha supuesto unas políticas económicas que han facilitado dicha empresarialización; para los empresarios “de verdad”: precarización de los mercados laborales, parcialización y temporalidad de los contratos, pérdidas de garantías y de coberturas sociales para los/as trabajadores/as, facilitación de las condiciones de despido, laxitud fiscal con las empresas, permisividad legal con los/as empresarios/as, y etc. y etc. y etc.

Si el neoliberalismo es la ideología que impulsa el mundo que se ha ido conformando desde los 70, la globalización es el “modus operandi” que dicha ideología ha encontrado como mecanismo de funcionamiento.

Pero... ¿y qué es la globalización?

El concepto remite al término “globe”, que, en inglés, indica lo que en castellano llamamos planeta (o sea, deberíamos hablar de “planetarización”). Si nos lo traemos a nuestro idioma, un globo es algo que se infla; si lo inflas demasiado, explota. Creo que como metáfora es pertinente decir que la situación actual indica que el “globo” de la globalización ha explotado (aunque muchos/as no se hayan dado cuenta todavía...).

Globalización es algo que abarca, pues, al planeta en su conjunto. Ahh... pensará alguien, entonces globalización es Internet. Error: entonces, en la mayor parte de África no hay globalización. Bueno... dirá otro/a, globalización es que cualquier persona puede acceder a la cultura, arte, conocimiento de cualquier lugar del mundo. Error: aquí África sigue perdiendo, pero hemos de sumar culturas no occidentales que, por buenas o malas razones, no ven cine Hollywood (ni NBA, ni Champions League). Respecto a la errónea concepción que, en general, tenemos de lo que es la globalización nos remitimos al libro de Alessandro Baricco, (*Next sobre la globalización y el mundo que viene*).

No. La globalización tiene una entidad más dura y más consistente que la circulación de información, arte o cultura. La globalización tiene una naturaleza estrictamente económica. Implica la capacidad de mover volúmenes enormes de capital (léase antes lo que es capital) en mercados financieros en los que ese dinero no acaba produciendo nada (bienes o servicios) que le resulte útil a la gente. Un volumen que, según lo que indica Javier Estefanía en su artículo de la revista *Clío*, “Globalización ¿una nueva era histórica?” (febrero de 2002), alcanzaba los 2 Billones, con “B”, de dólares al día. A fecha actual, ese volumen de inversión se ha multiplicado por diez (con “B”, de billones de dólares), según indica Anthony Giddens en *Desigualdad global* (2010).

Lo único que se mueve de manera planetaria, y en tiempo real, es dinero invertido en especulación financiera. Si hablamos de algo financiero, hablamos de algo que tiene que ver con inversiones en bolsa. Pero lo crucial es su condición “especulativa”. Esta condición hay que considerarla con un poco de detenimiento.

Tras la II Guerra Mundial se inició un proceso de reconstrucción en el mundo occidental implicado en dicha guerra que se basó en una ideología distinta a la liberal clásica, y más distinta aún que la neoliberal. El promotor de esa ideología fue John Maynard Keynes, y el motor económico que puso en marcha fue el sistema de producción y organización empresarial Fordista.

Keynesianismo: ideología político-económica según la cual la economía va bien si se procura tener una amplia demanda solvente para lo que produzcan las empresas. La mayor parte de consumidores/as son trabajadores/as, por lo cual hay que procurar que tengan ingresos, y estabilidad, suficientes para que tengan capacidad de ahorro y de consumo. El Estado debe, en consecuencia, procurar que la condición de trabajador/a implique, además de la remuneración salarial, toda una serie de garantías asociadas: estabilidad laboral, servicios públicos (fundamentalmente, educativos y sanitarios), coberturas frente al riesgo. El Estado debía financiar todas estas medidas y, además, promover la creación de empleo público. Así habría muchos/as trabajadores/as con dinero para comprar lo que produjeran las empresas.

Fordismo: el modelo empresarial fundamental sería el de la gran empresa de producción en serie, basada en la cadena de montaje y la división técnica del trabajo (es decir: tareas complejas se subdividen en otras mucho más sencillas, cada una de las cuales es encargada a un único trabajador), así como en una organización jerárquica (quién manda y quién obedece) en la que quienes deciden y quienes hacen lo que se decide están separados: el que “piensa” lo que hacer no sabe cómo se hace lo que ha pensado, el que “hace” lo que se piensa no sabe cómo se ha pensado lo que se hace.

Bajo este modelo, Keynesiano-Fordista, que en lo político se tradujo en el así llamado Estado del Bienestar (un Estado protector de los trabajadores frente a las inclemencias puramente económicas: si te ibas al paro no había problema, tendrías para comer), se vivió una época de crecimiento económico que duró hasta la crisis de los años 70.

Esa crisis fue el resultado del agotamiento del modelo puesto en marcha: la gran empresa de producción en serie “saturó” los mercados, ya no había dónde vender lo que se producía. Además, ya no todo el mundo quería tener exactamente lo mismo que el vecino, quería algo un poco distinto: la estandarización de la producción entró en crisis. Había que fabricar, no la misma cosa en masa, sino muchas cosas distintas al mismo tiempo. Y había que “inventar” nuevas cosas que vender; es decir, había, no que satisfacer las necesidades realmente existentes, sino que producir nuevas necesidades; permanentemente (a este respecto, uno de los sectores estratégicos es el de las tecnologías de la comunicación: la telefonía inalámbrica e internet, que comenzaron por sendas distintas han ido progresivamente convergiendo en un camino conjunto en el que no se ha cesado de inventar nuevos aparatos).

Llegados a esta crisis, de demanda, el caso es que durante el proceso de auge los empresarios (los “grandes” empresarios, vinculados directamente como capitalistas al modelo Fordista), habían ganado mucho dinero; dinero que acostumbraban a reinvertir en su negocio. Pero ahora esa inversión ya no era rentable... y querían seguir ganando tanto dinero como hasta el momento.

Y en ese contexto, comienza la globalización: ¿qué hago con mi dinero, que ya no puedo invertir en lo que venía siendo habitual, para que siga dando los mismos beneficios... o más?

Hay que tener en cuenta que ese modelo de funcionamiento económico propició una enorme internacionalización de las actividades de esas grandes empresas (soy del país X, pero monto la planta de producción en el país Z porque me sale más barato —fundamentalmente, por el coste de la mano de obra; pero también por las materias primas necesarias—) y, en virtud de la competencia, internacional, derivada de ello, un proceso correlativo de concentración del capital (los que más tenían se aliaban para no perjudicarse mutuamente y eliminar competidores).

De este modo, dicho para hablar en la calle, tenemos a unos pocos señores, los grandes beneficiados del auge económico propiciado por el modelo Keynesiano-Fordista, que han ganado un montón de dinero, que pertenecen a determinadas “familias monopolísticas”, y que no saben qué hacer, agotado el modelo previo, con todo ese dinero que han ganado.

En ese momento aparece, se crea, se “inventa”, una nueva modalidad económica jamás existente hasta la fecha: los “mercados secundarios”. Son los mercados de la globalidad económica, por lo que requieren un poco de atención.

Todo el dinero que he ganado con, digamos, mi fábrica de zapatillas ya no lo puedo rentabilizar fabricando zapatillas, porque ya se las he vendido a todo el mundo y nadie las quiere. Bueno. Mantengo (o no) mi fábrica de zapatillas pero ¿qué hago con todas las ganancias acumuladas hasta la fecha? Bueno, puedes “apostar”, le comentan (el zapatillero, o empresario de la zapatilla, tras mirar brevemente atónito a quién esto de dice, y una vez enterado de lo que significa, se lanza entusiásticamente al juego de la apuesta).

Apostar, mercados secundarios. Una empresa (o un país) tiene determinada actividad económica. Para garantizar esa actividad, una empresa sale a bolsa (Sociedad Anónima): os doy unos trozos de lo que es mi empresa para que con el dinero que paguéis por ello, si la empresa va bien, los beneficios se repartan entre todos cuantos han aportado para que ello sea así (se aumenta el capital y se redistribuyen los beneficios). Un Estado también sale a bolsa (emite deuda): os ofrezco colaborar con nuestras necesidades de financiación, si nos prestáis dinero, pasado un tiempo, os lo devolveremos con intereses. Sobre esa base, los compradores de acciones y de deuda pública (los que ganaron tanto dinero en la época previa y que no saben qué hacer con él), se “inventan” el juego de “a ver qué pasa” con esa oferta de acciones o de deuda pública, ¿saldrá bien, saldrá mal?... Yo apuesto que bien en X porcentaje; yo apuesto que mal en Z porcentaje. Si acierto gano; si fallo pierdo. Evidentemente, al apostador le interesa que su apuesta gane, y hará todo lo posible por que ello sea así. De este modo se generó ese sofisticado mercado secundario de las “subprime” en EEUU

que desencadenó la actual crisis: las apuestas eran siempre en positivo sabiendo que la evolución probable del mercado primario no era tan positiva (porque así, quien apostaba ganaba más).

Ya no importa la evolución “real” de la empresa para determinar el valor de las acciones, ni tampoco la del Estado nación para establecer los intereses de su deuda: acciones y deuda quedarán condicionadas a las apuestas de riesgo de los mercados secundarios; la evolución económica real, de empresas y Estados, va a depender de la especulación financiera.

(Y así, el empresario de la zapatilla mantendrá su empresa incluso aunque genere pérdidas siempre que sus beneficios especulativos sean suficientes; si las apuestas de riesgo le van mal, la empresa cerrará).

Y eso es la globalización: grandes capitales (pocos en cuanto a titularidad) acumulados en la época precedente que decidieron inventar un nuevo espacio económico: el de la especulación financiera, basada en apuestas de riesgo sobre lo que nos pasará, económicamente, a las personas normales.

Esa especulación financiera opera, gracias a las tecnologías de la información, en tiempo real, con inversiones que circulan entre las grandes bolsas del planeta, desde Tokio a Wall Street (y nunca deja de circular, pues según el planeta va girando, unas bolsas cierran y otras abren, pero siempre hay bolsas activas).

Y esas operaciones, además, se han sustraído a todo tipo de control, pues implican capitales sin nacionalidad; los grandes inversores pertenecen a monstruos corporativos de difusa titularidad que evaden todo tipo de responsabilidad fiscal. La globalización implica, pues, también, que los Estados han dejado de tener capacidad de control y de gestión sobre la economía financiera: están supeditados a sus apuestas especulativas y no obtienen de ella absolutamente ningún recurso fiscal con el que poder financiar su funcionamiento. La globalización ha propiciado que la política (nacional) se haya puesto al servicio de la especulación financiera (transnacional y apátrida).

¿Qué ha producido la combinación de la ideología neoliberal, y las medidas prácticas asociadas a ella en cuanto a políticas económicas, con la dinámica de la globalización?

Pues ha producido un mundo en el que las desigualdades han alcanzado cotas insospechables y en el que la pobreza se ha extendido indefinidamente. Manuel Castells, en *La era de la información*, ha acuñado el concepto de “Cuarto Mundo” para definir los efectos de la combinación de neoliberalismo y globalización.

No sólo se ha incrementado la desigualdad (la apropiación desigual de la riqueza producida), sino que ha conducido a la *polarización*, es decir, se han agudizado las diferencias entre los segmentos extremos de las poblaciones: los más ricos lo son mucho más que antes y los más pobres lo son también mucho más que antes. Además, los más ricos son cada vez menos en número mientras cada vez hay más gente que cae en la pobreza.

Lo que se ha generado es un incremento desconocido hasta la fecha de “exclusión social”, entendida ésta como un proceso según el cual se impide sistemáticamente a las personas o a los grupos el acceso a una posición que les permitiría una subsistencia independiente.

Si antes de los años 70 el principal factor de exclusión social era no disponer de una actividad laboral remunerada, ahora, cada vez hay más trabajadores/as que no obtienen de su trabajo recursos suficientes para subsistir de manera independiente.

Los datos que ofrece la ONU son más que indicativos: EL 1% de los hogares más acomodados del mundo acumula el 40% del total de recursos económicos globales, en tanto que el 10% de los hogares más desfavorecidos se reparte el 1% de la riqueza global. El 20% de la población más rica pasó, en el último tercio del siglo XX, de acumular el 70% del total de la riqueza a disponer del 85% de la misma; en tanto que el 20%

más pobre pasó de tener el 2'3% de dicha riqueza a quedarse en el 1'4%; es decir, la desproporción entre los más ricos y los más pobres se duplicó, pasando de 30:1 a 60:1. Finalmente, a finales del siglo XX, 358 personas, las más ricas del mundo, acumulaban, sólo ellas, tanto dinero como aquel del que disponía el 45% de la población del planeta que habita en las zonas más desfavorecidas (más de 3000 millones de personas).

Este desigual reparto de la riqueza hace que, en 2001, 830 millones de personas pasen hambre cada día y de ellas, 200 millones son niños de menos de 5 años. Cada año mueren en el mundo de hambre 12 millones de niños (es decir, en lo que dure esta clase habrán muerto más de 1300 niños; a lo largo del día de hoy serán más de 30 mil). Lo aterrador, según Anthony Giddens es que:

“Sin embargo, más de tres cuartas partes de los niños malnutridos [de] menos de 5 años de los países de rentas de renta media y baja viven en lugares que, en realidad, producen un superávit de alimentos”.

Es terrible lo que pasa con los niños en el mundo. No sólo mueren millones de hambre, también lo hacen como niños soldado en guerras que se llevan a cabo con armas que los países desarrollados venden a los subdesarrollados. Son también millones los que se ven sometidos a la explotación laboral, pornográfica o sexual. Lo cual indica lo absurdo de la situación a la que hemos llegado; en palabras de Manuel Castells:

“La sociedad (...) se devora a sí misma, a medida que consume/destruye un número suficientes de sus propios niños como para perder el sentido de la continuidad de la vida a través de las generaciones, negando de este modo el futuro de los seres humanos como especie humana”

Ése es el mundo que “fabrica” la globalización neoliberal.

Ahora bien, el cuarto mundo, además de abarcar extensas zonas geográficas en las que se encuentran los países desfavorecidos, también se instala en el interior de los países más desarrollados. El ejemplo paradigmático es EEUU, la mayor potencia económica nacional del planeta.

Sin embargo, dicha superioridad económica se sustenta, precisamente, en el incremento de la desigualdad, la polarización y la exclusión a nivel interno. Los sueldos de los altos directivos eran, en los 70, cerca de 50 veces el sueldo medio, pasando en los 90 a ser más de 170 veces superiores. Los salarios reales, excepto los más altos, han descendido en el último tercio del s. XX. A finales de ese siglo, 38 millones de estadounidenses eran pobres (casi el equivalente a la población total española).

Y esta pobreza extensiva, además, adquiere una nueva naturaleza pues alcanza cada vez más a personas y familias trabajadoras: a mediados de los 90, el 30% de los trabajadores estadounidenses cobraban salarios de pobreza. Son millones las personas que están sin hogar, y la situación es especialmente grave para las mujeres sin pareja con niños a su cargo; mujeres trabajadoras que no ganan lo suficiente para subsistir y mantener a su familia y se ven arrojadas a la calle.

La creciente pobreza y polarización, y la exclusión social de segmentos cada vez más amplios de la población son los factores sobre los que se erige la potencia económica estadounidense.

El ejemplo de EEUU es de enorme importancia pues es su modelo económico el que se ha impuesto en la mayoría de los países avanzados. Ver lo ha venido pasando en EEUU es anticipar lo que nos pasa a los demás a fecha actual. En España, al calor del neoliberalismo y de los imperativos de la globalización, y con la crisis como contexto estamos experimentando exactamente los mismos procesos de desigualdad, polarización y exclusión social. Tan grave o más es que se haya alcanzado un índice de desempleo del 26% como que entre aquellos/as que tienen la fortuna de disponer de un trabajo no deje de crecer el número de quienes no pueden subsistir con el salario que reciben. Como grave es la existencia de más de 2 millones de familias en España que no disponen de absolutamente ningún recurso económico.

España está integrándose rápidamente en el Cuarto Mundo, y lo está haciendo como consecuencia de la globalización neoliberal y de sus medidas de recorte y de flexibilización y precarización laboral diseñadas a la medida de los intereses de los grandes empresarios. Mientras cada vez más gente se empobrece, unos cuantos no dejan de engordar sus cuentas en Suiza, con la connivencia de una clase política que cada vez parece más una familia de la mafia dedicada en exclusiva a la corrupción en lugar de a la función pública.

Esta es la situación: con el neoliberalismo y la globalización hemos llegado al cuarto mundo. Mientras no se desmantelen esa ideología y esos procedimientos, las cosas no dejarán de agravarse, como estamos comprobando día a día.

Se ha convertido en un imperativo para la Sociología trasladar herramientas de conocimiento a la gente, a la calle, para que se pueda iniciar, desde la gente, desde la calle, un proceso radical de cambio, porque mientras siga en marcha esa globalización neoliberal, en beneficio de los intereses de una minoría, las mayorías no veremos sino incrementarse el deterioro de nuestra existencia.

Con esta clase, en la medida de nuestras posibilidades, hemos querido contribuir a ello.

¿Algo después del capitalismo...?

Si tomamos en consideración todo lo antedicho (que muy esquemáticamente refleja un escenario que debería ser analizado mucho más detenidamente)... ¿qué hacer?

La pregunta, según desde dónde se plantea, es académica. Quiero decir, con el beneplácito de Bourdieu, que no es “absoluta”, ni definitiva, sino parcial y precaria. Qué hacer desde el espacio concreto de quién la enuncia y en la medida de las posibilidades de dicha particularidad.

Ese escenario me remite a una pregunta: si el mundo actual debe ser cambiado, de raíz y desde el fondo, ¿quién y cómo puede hacerlo? Esta pregunta se la planteó, creo, Marx hace algún tiempo. Marx era un privilegiado del mundo en el que vivía: sólo un burgués acomodado podía tener el tiempo y el dinero necesarios para criticar la dominación burguesa y reivindicar un “mundo alternativo”. Marx proponía al proletariado como sujeto de la revolución; el proletariado ya no existe... hemos de buscar en otro lado. En la “historia” del pensamiento occidental estamos “saturados” de privilegiados: unos eran disconformes con lo que pasaba, otros, no, pero todos perduran en los anales de la *Historia* porque se lo podían permitir. La gente común, la gran mayoría de la población del planeta del que hablaban esas mentes preclaras, simplemente subsistía. Y lo hacía con absoluto desconocimiento de su “preclariadad”. Es decir, el mundo, la gente, puede funcionar, porque es un acto, glorioso, creo yo, de subsistencia, sin la necesidad de “erudición”.

Sin embargo, quizá, en determinados momentos críticos, hace falta buscar un punto de encuentro entre el privilegio y la subsistencia, un punto de encuentro entre lo que le pasa a la gente cotidianamente y lo que en ciertos ámbitos especializados de “saber” entendemos que le pasa a la gente; un punto de encuentro según el cual, en nuestro caso, la sociología no pretende saber más (y mejor) de lo que le pasa a la gente de la que habla, sino que trata de, gracias a la gente, de entender qué es lo que está pasando, porque, desde la humildad (quizá una humildad no primaria, sincera, sino propiciada por el desconcierto al que hemos llegado), nos damos cuenta de que “algo” anda mal, bajo los criterios, estereotipos, presupuestos, preferencias, condicionantes, contextos, etc. en los que estamos situados/as.

Desde ese desconcierto, y desde ese punto de confluencia entre privilegio y subsistencia, retomemos la pregunta, que es doble: ¿hay que cambiar, drástica y radicalmente, el mundo que habitamos? ¿quién puede hacerlo?

La respuesta a la primera de las preguntas es rotunda: Sí. El problema radica en la segunda. La necesidad de cambio es evidente dado el “panorama” previamente dibujado del mundo que estamos contribuyendo a fabricar; no podemos pensar que merece la pena sostener un mundo en el que el beneficio de trescientas personas se obtiene a costa de la muerte de hambre de millones de niños, pues si esos trescientos destinaran tan sólo una parte de su riqueza a fines distintos a los de su propio lucro, el hambre en el mundo desaparecería. Si hay hambre no es porque falten recursos para eliminarla; hay recursos más que suficientes, pero están concentrados en unas pocas manos a las que no interesa utilizarlos para solucionar ese y muchos otros de los problemas que viven, experimentan, millones de personas a fecha actual.

Aunque el problema, quizá, no radique en la redistribución, que probablemente sería una medida “voluntarista” que se podría lograr si se consiguiera que aquellos/as que pueden llevarla a cabo entiendan que es necesaria. Esto nos remite una vez más a Marx. La no redistribución de los recursos es consecuencia del modo en el que los mismos se obtienen, de la forma bajo la cual quienes los tienen se los apropian, legítimamente en función de los marcos legales existentes. “Legítimamente” no significa, en muchos casos, cumpliendo rigurosamente la ley, sino más bien aprovechándose de los privilegios derivados de la posición ocupada para sortear y esquivar responsabilidades legales; la legitimidad proviene de la concesión que les hemos hecho para que actúen como lo hacen y de nuestra incapacidad para evitarlo.

Ese necesario cambio debe ser llevado a cabo por lo que vendría a componer el “proletariado” del mundo actual; y el problema es delimitar qué entidad tendría, en el mundo de hoy, ese sujeto colectivo de la revolución, pues, evidentemente, los parámetros sobre los que formulaba Marx la misma en el s. XIX han desaparecido (y, probablemente, ni siquiera entonces fuera factible que dicho sujeto colectivo tuviese la capacidad efectiva de transformar de raíz las cosas).

Algo creo que, de partida, está claro: el “substrato material” sigue siendo la clave determinante de todo lo demás. Ahora bien, eludamos determinismos. El substrato material conforma mentalidades, instituciones, normas, referente culturales, prácticas políticas... y todos esos otros ámbitos no materiales deben ser transformados y deben serlo en los términos que les son propios. El cambio ha de ser estructural y las medidas deben emprenderse a todos los niveles. De este modo, cada cual, en su particular ámbito de existencia, debe decidir qué parte de la labor de cambio debe emprender. Pero para hacerlo, ha de disponerse de las herramientas necesarias; una de las cuales, fundamental, es el conocimiento y la información. Si no sabemos, con cierta precisión y certeza, qué es lo que está pasando y por qué, mal sabremos cómo actuar para cambiar lo que está mal. Ello circunscribe la labor de la sociología a un campo muy limitado de acción, determinado por su particular condición como ciencia social; hay muchas cosas que hacer que exceden la capacidad y competencia de la ciencia sociológica. Desde esa limitación, y desde la “humildad” antedicha de una erudición que es absolutamente prescindible para la existencia de la gran mayoría de personas que habitan el planeta, es desde dónde se pueden elaborar propuestas.

El problema, a mi entender, sigue siendo el mismo (y aquí volvemos a Marx y, en este caso, a validar sus diagnósticos): la economía, la economía capitalista, es el problema a erradicar. Mientras sigamos supeditados a un modelo de funcionamiento de carácter capitalista, el hambre en el mundo seguirá existiendo. Un sistema capitalista, a fecha actual, que se ha “anti-capitalizado”, que se ha desembarazado de ciertos lastres que le eran propios en sus fases previas, para exacerbar aquello que le es más propio: su naturaleza devoradora.

Hasta los años 70, el capital, el motor del capitalismo, tenía que ponerse en juego aceptando de antemano la posibilidad del fracaso; el empresario invertía su dinero en una actividad que producía bienes o servicios útiles para la gente y esa inversión podía no salir adelante. El capitalista asumía un riesgo y aceptaba que un condicionante fundamental de su condición de tal era la incertidumbre. Hoy en día ya no hay riesgo alguno en las grandes inversiones especulativas movilizadas por la globalización neoliberal. Los mercados secundarios, los de las “apuestas”, actúan anticipando ese riesgo: sólo apuesta quien tiene ciertas garantías de éxito y, además, los recursos para propiciar las condiciones para que dicho éxito se haga efectivo. No cualquiera está

en condiciones de “jugar ese juego”; hace falta mucho poder, económico y político, para ello: una cierta trayectoria en la que se han sumado contactos estratégicos, experiencia operativa y capacidad de influencia sobre aquellas instancias, instituciones y personas que pueden actuar a favor del/de la apostador/a.

En la España actual tenemos dos personajes, radicalmente distintos en su condición y proceder, que ilustran, de manera contrapuesta, cómo actúan los beneficiarios de la lógica capitalista (los de verdad, los “grandes”, los que acumulan la práctica totalidad de los recursos que no se redistribuyen). Uno, un ex-tesorero de un partido político que gracias a su condición de tal y de empresario ha logrado sacar adelante un negocio personal de millones de euros en el que ha utilizado todas las influencias políticas de las que disponía (incluyendo connivencia de jueces y silencios cómplices dentro del aparato del partido a cambio de suculentos dividendos resultantes de sus actividades fraudulentas) y todos los recursos que le facilitaba su posición. Otro, una ilustre representante de la todavía existente clase aristocrática que, por herencia, es la mayor terrateniente del país, que ha podido sostener su fortuna personal gracias a los fondos europeos de ayuda al sector agrícola. Ninguno de ambos ha realizado, en toda su vida, nada que sea útil para la gente; ambos se han beneficiado, sin embargo, del dinero que supuestamente estaba destinado a esa gente pero que se han quedado ellos. Esas dos fortunas, tal cual lo son a fecha actual, las hemos pagado los ciudadanos, con dinero que nos pertenecía y que nos han robado, y lo hemos hecho, sin querer y sin conocimiento de ello, porque disponen de la “legitimidad” para actuar como lo hacen.

Dicho al margen y un tanto irónicamente (aunque más que la sonrisa lo que propicia es una cierta desesperación vital), ambos personajes, una vez los focos de lo público han iluminado sus existencias (pues tan sólo son dos casos extremos de muchos otros, ya que muchas personas vienen actuando de modo análogo), han evidenciado, de modo dispar, la estupidez colectiva en la que han instalado nuestra existencia. Uno, teniendo con una soga al cuello al partido político que permitió y consintió sus actividades de lucro personal (ahora a ver qué me hacéis porque estáis todos pringados... ojito...); la otra, permitiéndose disfrutar de titulares y primeros planos “comprando” un marido “top ten” en su más deteriorada senectud. Ambas escenas las genera todo el dinero del que disponen. Son irrisorios en su condición humana, pero tienen mucho poder.

La cuestión a plantearse, partiendo de que la razón fundamental de lo que está sucediendo se deriva de un modelo de gestión económica neoliberal globalizado, es: ¿qué tenemos en común todos/as cuantos/as estamos sufriendo las consecuencias de la actual crisis que nos permita adquirir la entidad de ese “sujeto revolucionario” y actuar como tal? Si llegamos a obtener una respuesta a esa pregunta, sabremos qué y cómo hacer lo necesario para que las cosas cambien.

La “revolución” ya no puede provenir de una clase trabajadora manual del sector de la producción industrial sometida a explotación. La “explotación” ha adquirido un carácter mucho más genérico y difuso. Jubilados/as, médicos/as, pensionistas, desempleados/as, profesores/as, trabajadores/as precarios/as, familias sin recursos, desahuciados/as, inversores/as engañados con preferentes, jóvenes sin futuro, mayores sin reconocimiento de todos sus esfuerzos, funcionarios/as de toda condición, etc., etc., etc. ¿algo nos une que nos permita, primero, tomar conciencia de aquello a lo que hay que enfrentarse y, segundo, actuar colectivamente?

Pues sí. Algo tan sencillo como que somos “personas humanas” pero estamos siendo tratados/as, en el mejor de los casos, como idiotas, en el peor, como meros objetos de operaciones interesadas de ciertas élites. Si, por encima y por debajo de todas las complejidades del mundo que nos ha tocado en suerte, nos paramos a pensar, comprobando que, en el fondo, somos personas y que, de hecho, no nos tratan como tales, quizá ese nuevo proletariado pueda emerger.

Y aquí, para dolor de muchos adalides del neoliberalismo globalizado, el referente fundamental es, curioso, Adam Smith, no el de *La riqueza de las naciones*, sino el de la *Teoría de los sentimientos morales*. ¿Qué caracteriza a la persona, al ser humano, constitutivamente como tal y antes de su condición de “homo economicus”, egoísta y calculador? La empatía; la capacidad de reconocerse en el “otro” y saber que, como personas,

lo entendemos aunque no estemos en su misma situación, que podemos hacernos una idea precisa de lo que le pasa porque si nos pasara a nosotros/as intuimos lo que sentiríamos, sea sufrimiento, incertidumbre o alegría.

El mundo que estamos contribuyendo a fabricar ha “aniquilado” a la persona humana: produce estrategias, empresarios de sí mismos, buscadores obsesivos del éxito social a través de la estética o de la hipocresía, fans de grupos de música absurdos que venden pura superfluidad, seguidores adormecidos de programas de televisión que rizan el rizo de lo ridículo; usuarias de prótesis de silicona o de inyecciones de botox, de cirugía estética de todo tipo que con su mera existencia invalidan todo lo logrado por el movimiento feminista, al aceptar, real o simbólicamente, su mera condición de objetos sexuales; seguidores fanático-compulsivos de fútbol que hacen de la competencia entre Barça y R. Madrid la gran razón de su existencia; consumidores de video-juegos que se evaden de la realidad y, con ello, pierden toda capacidad de apreciación coherente de la misma; autómatas multimedia que invierten la mayor parte de su tiempo ante la pantalla del teléfono móvil, convirtiendo su vida en un puro flujo de información virtual; serviles y disciplinados trabajadores/as que, viendo deteriorarse cada vez más sus condiciones laborales y sus salarios, no saben cómo luchar frente a ello porque ya no tienen capacidad de respuesta colectiva; tecnócratas, igual de serviles y disciplinados, que legitiman, con sus discursos y sus prácticas, ese deterioro; inmigrantes ilegales que, huyendo de la miseria de sus países de origen, se encuentran con otra miseria distinta que consiste en ser explotados mientras que se les niega la ciudadanía... Se podría seguir indefinidamente sumando ejemplos concretos de la cotidianidad en la que se plasma ese “aniquilamiento” de la persona humana.

En nuestra constitución humana (que, dicho desde una perspectiva sociológica, significa nuestra naturaleza constitutivamente relacional) no está ser autómatas doblegados a la pura instrumentalidad egoísta, regulada por el cálculo interesado y la permanente búsqueda del beneficio; como tampoco está vernos reducidos/as a simples dispositivos de reproducción de una racionalidad abstracta que genera “decisiones” bien fundadas. No; en nuestra constitución humana está implicada una fuerte dosis de irracionalidad y de capacidad empática, porque tenemos sentimientos; está implicada la necesidad afectiva “del otro” y la absoluta carencia de autosuficiencia. Y además, somos corporalidad orgánica, materia viva, especie biológica, que como tal está sometida a la precariedad. Somos cuerpos sintientes necesitados de afecto de otros cuerpos sintientes.

El neoliberalismo globalizado nos ha “secuestrado” los sentimientos y el cuerpo. Y es probable que sea a través de nuestra irrenunciable condición corporal y emocional, afectiva, que se pueda rescatar nuestra condición de seres humanos y emprender, colectiva y activamente, el cambio. Da igual la entidad concreta de todo colectivo afectado por la situación actual, sus intereses particulares, su condición o adscripción formal: todos están constituidos por personas con cuerpo y sentimientos, y todos están siendo lesionados, agredidos, maltratados, en esa su condición humana compartida. Nos han robado el derecho (derecho de existencia, por haber nacido) a ser personas; y eso es lo que hay que recuperar. ¿Cómo?

Bueno, sencillo en cuanto a concepto, complejo en cuanto a ejecución. Esos/as que nos han despojado de nuestra condición humana son, como nosotros/as, también humanos/as: especie biológica con sentimientos y necesidades afectivas y de reconocimiento. Los poderosos no son “dioses”; su poder es consecuencia de determinadas posiciones que les permiten revestirse de formalismos bien fundados en artificios ideológicos, según los cuales tienen derecho a ejercer su privilegio a nuestra costa. Pero como en el fondo comparten con nosotros/as nuestra precariedad humana (cuerpo y sentimientos), por ahí pueden ser “atacados”.

“Incertidumbre”, “Crisis”, “Globalización” y “Revolución inminente” rezan en el título de este texto. De la crisis y de la globalización se ha dado cuenta en las líneas precedentes. La “incertidumbre” remite a nuestra situación vital a fecha actual, pues no sabemos muy bien qué nos van a deparar los tiempos y las circunstancias venideras (y hablamos en el “corto plazo”): la incertidumbre ha dejado de ser un concepto propio de la ciencia matemática o de la sociología para pasar a convertirse en el estado real de existencia de cada vez más gente... un sentimiento. Y la “revolución inminente” debería ser la acción colectiva a emprender para enfrentarse

a ese sentimiento. Una revolución, una transformación radical (o sea, de raíz), de nuestro modo de existencia (la supresión de la globalización neoliberal), que deberíamos emprender, como personas, para recuperar esa nuestra condición. Porque entiendo que somos una gran mayoría (en el mundo) los/as que pensamos que esa transformación es necesaria... y urgente.

Ahora hace falta que cada cual, desde su espacio/tiempo concreto de existencia, tome conciencia de esa necesidad, entienda que su “expropiación” como persona humana tiene que suprimirse, y decida que hay que hacer algo. El hacer concreto de cada persona concreta habrá de ser consonante con su particular situación. Quien esto escribe, desde su condición de “sociólogo”, entiende que la labor comienza con un proceso de reapropiación de nuestra capacidad de pensar autónomamente, de nuestro derecho a discrepar y de una orientación crítica con intenciones transformadoras: pensar, desde la sociología, puede ser una actividad muy revolucionaria.

Y ese pensamiento ha de ser colectivo, compartido y creativo. Esto quiere decir que hemos de abandonar la errónea concepción de que “pensar” supone una operación abstracta que se restringe al ámbito de las representaciones conceptuales, modelada por una erudición anclada en referencias bibliográficas y regulada por la lógica de la racionalidad. Se agotó el tiempo de la racionalidad ilustrada, del rigor lógico, de la fundamentación empírica, de la consistencia teórica, del saber por el saber. Como dice Charles Tilly, nuestro “equipamiento intelectual” está obsoleto. La inadecuación entre esa obsolescencia y la realidad efectiva de nuestro día a día, entre los esquemas conceptuales que se nos transmiten en la escuela y la dinámica efectiva y real de un planeta subordinado a la globalización neoliberal, es la que nos mantiene sometidos y nos hace ser incapaces de reaccionar.

En la situación actual, pensar debe ser entendido como una “acción política”, insistiendo, reitero, en que esta propuesta proviene de la limitación propia del ámbito desde el que se formula, la sociología, y que habrá de sumarse a muchas otras que deben ser planteadas y llevadas a la práctica desde otros muchos ámbitos.

El fin del capitalismo, o, por mejor decir, de su plasmación práctica (muy capitalista en muchos aspectos y muy poco capitalista en muchos otros) es imperiosamente necesario; es una cuestión de subsistencia, subsistencia material para un número abrumador de personas, y subsistencia moral para un número también considerable. Nos enfrentamos al problema de cómo emprender la tarea y es ahí dónde el pensamiento se torna herramienta fundamental: se deben sumar esfuerzos de todo tipo para reactivar nuestra capacidad inventiva y creativa: pensar es dar sentido al mundo como capacidad para actuar en él; pensar es sentirse vivo, entenderse y entender lo que nos rodea; pensar es compartir; pensar es un acto colectivo en el que las personas interactúan ampliando el margen de comprensión de cada una en particular por la aportación del resto; si en esa colectivización del saber intermedian, interesadamente, relaciones de poder, la capacidad colectiva de pensamiento se pierde; surgen las imposiciones; los particularismos se acaban imponiendo y la estrecha limitación de unos pocos somete al resto. Pensar es un estar prácticamente en el mundo, junto con los demás, con conocimiento de causa; pensar es saber, colectivamente, que por detrás de las evidencias hay determinadas y concretas razones que las hacen ser como son y no de otra manera y que si las razones fueran distintas, las evidencias, lejos de ser “necesariamente como son”, serían muy distintas.

¿Queremos seguir pensando lo que quienes se benefician de las “evidencias” actuales quieren que pensemos, o queremos reapropiarnos de nuestra capacidad colectiva de pensamiento? Si queremos lo primero, la situación actual es consecuencia de un pequeño malfuncionamiento de un modo de existencia que, en sustancia, es el mejor de los posibles; si queremos lo segundo, este modo de existencia es en sustancia nefasto, evaluado en una escala humana, y hay que cambiarlo de raíz; o sea, hay que “pensar” qué mundo distinto al actual queremos, y cómo y por qué lo queremos. Y ahí empieza la tarea de la que no puedo anticipar su matiz, cariz y textura. Sólo puedo aportar el diagnóstico sociológico que me indica que ese cambio es necesario y la aportación limitada de las herramientas que así lo hacen “evidente”, en contra de las falsas evidencias en contrario.

Y, además, asumo que hay personas que ya hace mucho tiempo, cuando no estaba pasando lo que está pasando, ya intuían que aquello en lo que la humanidad se había involucrado, por imposición de las directrices de la Europa Occidental, nos iba a conducir a la catástrofe que, de hecho, ahora estamos viviendo:

Una vez organizado el sistema económico en instituciones separadas, basadas en motivaciones específicas y creadoras de posiciones especiales, la sociedad deberá configurarse de tal modo que ese sistema pueda funcionar de acuerdo con sus propias leyes.

[...] Nos hemos habituado a descontar las presentaciones escandalosas del capitalismo temprano como "sentimentalismo puro". No hay justificación para esa actitud.

[...] la imagen misma del hombre se había deteriorado por alguna catástrofe terrible.

Karl Polanyi, *La gran transformación*

Y ello, por mucho que la novedad concreta de nuestra existencia nos haga vivir algo que jamás se ha dado en la historia de la humanidad, leída dicha novedad a partir de la condición inmutable de fondo de nuestra condición humana nos hace ver lo "predictible" de nuestra afición a la autodestrucción: nada nuevo bajo el sol, como reza el Eclesiastés:

Una generación se va y la otra viene, y la tierra siempre permanece. El sol sale y se pone, y se dirige afanosamente hacia el lugar de donde saldrá otra vez. El viento va hacia el sur y gira hacia el norte; va dando vueltas y vueltas, y retorna sobre su curso. Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena; al mismo lugar donde van los ríos, allí vuelven a ir. Todas las cosas están gastadas, más de lo que se puede expresar. ¿No se sacia el ojo de ver y el oído no se cansa de escuchar? Lo que fue, eso mismo será; lo que se hizo, eso mismo se hará; ¡no hay nada nuevo bajo el sol! Si hay algo de lo que dicen: "Mira, esto sí que es algo nuevo", en realidad, eso mismo ya existió muchísimo antes que nosotros. No queda el recuerdo de las cosas pasadas, ni quedará el recuerdo de las futuras en aquellos que vendrán después.

Mientras las "doctrinas" (sean la cristiana o la global-neoliberal) nos hagan creer y asumir que, como personas, nada podemos hacer que supere los designios (divinos o económicos) establecidos, estaremos condenados a la expropiación de nuestra existencia humana en beneficio de los doctrinarios. Pensemos, colectiva, creativa, política y activamente, "algo nuevo bajo el sol".

Bibliografía de referencia

(Parte de ella se ha utilizado; otra, se ofrece al/a la lector/a como ampliación de lo aquí tratado)

Aloonso, L. E. (1999): "El trabajo más allá del empleo: la transformación del modo de vida laboral y la reconstrucción de la cuestión social", en L. E. Alonso: *Trabajo y ciudadanía*, Madrid, Trotta.

Baricco, A. (2002): [Epígrafe sin título], en A. Baricco: *Next: sobre la globalización y el mundo que viene*, Barcelona, Anagrama; pp. 15-37.

Bilbao, A. (1999): "La posición del trabajo y la reforma del mercado de trabajo", en C. Prieto y F. Migueles: *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, s. XXI; pp. 305-321.

Bourdieu, P. (1997): "Es posible un acto desinteresado", en P. Bourdieu: *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama; pp. 139-158.

Bourdieu, P. (1999): "La doble verdad del obsequio"; "La doble verdad del trabajo", en P. Bourdieu: *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama; pp. 252-265, 266-271.

Bourdieu, P. (1999): "Las estrategias de conversión" [extractos], en M. Fdez. Enguita: *Sociología de la Educación*, Barcelona, Ariel; pp. 93-115.

Bourdieu, P. (2003): *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona, Anagrama; pp. 13-28 y 94-99.

- Castells, M. (1996): "La empresa red: cultura, instituciones y organizaciones de la economía informacional", en M. Castells: *La Era de la Información* (Volumen 1), Madrid, Alianza; pp. 201-222.
- Castells, M. (1998): "Conclusiones"; en: *La era de la Información* (Volumen 3), Madrid, Alianza; pp. 369-394
- Castells, M. (1998): "El cuarto mundo: capitalismo informacional, pobreza y exclusión social", en: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura, vol 3: Fin de milenio*. Madrid, Alianza; pp. 95-107, 154-191.
- Estefanía, J. (2002): "Globalización: ¿una nueva era histórica?", en *Revista Clío* núm. febrero; pp. 24-35.
- Ferreira, M. A. V. (2008): "Entre el cristal y el humo: paráfrasis de una epistemología heterodoxa", *Intersticios: revista sociológica de pensamiento crítico* Vol. 3 Nº 1; pp. 3-15. Disponible en web: <http://www.intersticios.es/article/view/3168/2532>
- Ferreira, M. A. V. (2011): "Conformaciones, performaciones y transformaciones: materiales transductivos de la contemporaneidad", *Intersticios: Revista sociológica de pensamiento crítico* 5 (2) (julio-diciembre); pp. 5-16. Disponible on-line: <http://www.intersticios.es/article/view/8891/6225>
- Ferreira, M. A. V. (2012): «La falacia neoliberal: apuntes reflexivos sobre el fin del Capitalismo»; *Intersticios: Revista sociológica de pensamiento crítico* 6 (1) (enero-junio). Pp. 7-24. Disponible on-line: <http://www.intersticios.es/article/view/9792/6918>
- Ferreira, M. A. V. (2012): «La poética de la desesperación»; *Intersticios: Revista sociológica de pensamiento crítico* 6 (2) (julio-diciembre). Pp. 5-9. Disponible on-line: <http://www.intersticios.es/article/view/10528/7196>
- Foucault, M. (2008): [Clases del 7 y 14 de febrero, y del 14, 21 y 28 de marzo de 1979], en M. Foucault: *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica; pp. 123-187, 249-330.
- Harvey, D. (1998): "La transformación económico-política del capitalismo tardío del siglo XX", en: *La condición de la postmodernidad*. Bs. Aires, Amorrortu; pp. 143-196.
- Illouz, E. (2007): "El surgimiento del homo sentimental", en: *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*, Katz, Buenos Aires; pp. 11-20, 44-61.
- Marx, K. (1978): "El carácter fetichista de la mercancía y su secreto", en K. Marx: *El Capital*, Madrid, Siglo XXI (Libro Primero, Volumen 1), pp. 87-103.
- Marx, K. (1985): "El trabajo enajenado", en K. Marx: *Manuscritos de Economía y Filosofía*, Madrid, Alianza, pp. 103-119.
- Plat, A. (2003): "Inmigrantes y mercado de trabajo", en *Labóral* 1 (6).
- Prieto Rodríguez, C. (1999): "Globalización económica, relación de empleo y cohesión social", en *Papers: Revista de Sociología* núm. 58; pp. 13-37.
- Sennett, R. (2000): "Flexible"; "Ilegible", en R. Sennett: *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama; pp. 47-77.
- Torns, T. (1999): "Las asalariadas, un mercado con género", en F. Miguélez y C. Prieto (eds.): *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, siglo XXI.; pp 151-166.
- Weber, M. (2001): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Alianza; pp. 5-22, 41-49, 140-162